

TERCERA PARTE.

DE LOS IMPERIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Las revoluciones de los imperios son arregladas por la Providencia, y sirven para humillar á los príncipes.

Aunque en nada sea comparable el orden, la sucesion, la continuada unidad en el objeto que presenta la historia de la verdadera Iglesia, con la que ofrece la de los imperios, que trato ahora de esponer á V. A., no es menos útil, no diré solo á los príncipes que como V. A. estan destinados á gobernar un grande Estado, sino tambien á los particulares que contemplan en estos grandes objetos los secretos de la divina Providencia.

En primer lugar, la historia de estos grandes imperios tiene un enlace y relaciones necesarias con la del pueblo de Dios. Dios se sirvió de los asirios y de los babilonios para castigar á su pueblo; de los persas, para restablecerle; de Alejandro y de sus primeros sucesores, para protegerle; de Antioco el Ilustre y de sus sucesores, para ejercitar su paciencia; y de los romanos,

para mantener su libertad contra los reyes de Siria que solo procuraban acabar con ella. Los judíos continuaron bajo la proteccion de sus leyes hasta la venida de Jesucristo, sometidos al poder de los mismos romanos. Cuando no quisieron reconocerle y le crucificaron, los mismos romanos, sin apercibirse de ello, prestaronse como instrumentos de la venganza divina, y esterminalaron á aquel ingrato pueblo. Dios, que resolviera reunir en el mismo tiempo al nuevo pueblo formándole de todas las naciones, empezó por reunir primero las tierras y los mares bajo aquel mismo imperio. El comercio de tantos diversos pueblos en otro tiempo tan desconocidos entre sí, y despues reunidos bajo la dominacion romana, fue uno de los medios mas poderosos de que la Providencia se sirvió para difundir el Evangelio. Si el mismo imperio romano persiguió durante trescientos años á este nuevo pueblo que por todas partes ibase multiplicando en su recinto, su persecucion sirvió para afirmar la Iglesia cristiana y para confirmarla, haciendo resplandecer mas su gloria con su fé y su paciencia. En fin, el imperio romano cesó en sus proyectos de persecucion; y encontrando una cosa mas fuerte é invencible que él, recibió pacíficamente en su seno á esta misma Iglesia á quien hiciera una tan larga y cruda guerra. Los emperadores hicieron uso de su autoridad y de su poder para que se prestase obediencia

cia á la Iglesia: y constituyose Roma capital del imperio espiritual que Jesucristo se dignó y fue su voluntad estender por toda la redondez de la tierra.

Luego que llegó el tiempo en que el poder romano debía tener su fin, y que aquel grande y vasto imperio, que se prometiera ser eterno, sucumbiera al destino de los demas, Roma, presa de los bárbaros, conservó por la religion su antigua magestad y esplendor. Las naciones que invadieron el imperio romano fueron aprendiendo en el poco á poco la piedad cristiana que suavizó sus costumbres, y fueles despojando de su rudeza y ferocidad; y sus reyes, ocupando cada uno en su nacion el lugar de los emperadores, no encontraron entre los títulos con que se condecoraron ninguno mas glorioso que el de protectores de la Iglesia.

Pero es necesario descubrirnos los juicios secretos de Dios sobre el imperio romano y sobre la misma Roma: misterio que el Espíritu Santo reveló á S. Juan, y que este gran hombre, apóstol, evangelista y profeta, ha explicado en el Apocalipsis. Roma, envejecida en el culto de los ídolos, costábale gran dificultad en desahucarse de ellos aun en tiempo de los emperadores cristianos, y el Senado creíase obligado por honor á defender los dioses de Rómulo, á quienes se atribuian todas las victorias de la antigua república. Hallábanse ya cansados los emperadores

de recibir las diputaciones de este gran cuerpo que les exigia el restablecimiento de sus ídolos, y quien creía que corregir á Roma de sus añejas supersticiones era hacer una injuria al pueblo romano. Asi era que esta corporacion, compuesta de las personas mas eminentes del imperio y una inmensa muchedumbre de pueblo, en cuyo número entraban casi todos los mas poderosos de Roma, no podian ser convencidos de sus errores ni por la predicacion del Evangelio, ni por un tan visible cumplimiento de las antiguas profecias, ni por la conversion de casi todo el resto del imperio, ni en fin, por la de los príncipes cuyos decretos todos autorizaban el cristianismo. Por el contrario, continuaban en llenar de oprobios á la Iglesia de Jesucristo, á quien acusaban tambien, á ejemplo de sus padres, de todas las desgracias del imperio, siempre dispuestos á renovar las antiguas persecuciones si no hubieran sido reprimidos por los emperadores. Todavía se hallaban las cosas en este estado en el cuarto siglo de la Iglesia y cien años despues de Constantino, cuando al fin Dios, movido de indignacion por tantos y tan crueles decretos del Senado contra los fieles, y al mismo tiempo de los furiosos gritos que todo el pueblo romano, codicioso de sangre cristiana, hiciera resonar con tanta frecuencia en el anfiteatro, entregó á los bárbaros aquella ciudad embriagada con la sangre de los mártires, segun dice S. Juan. Dios renovo en

ella los terribles castigos con que en otro tiempo habia afligido á Babilonia. Y aun Roma fue tambien designada con este nombre. Esta nueva Babilonia, imitadora de la antigua, y como ella engreida con sus victorias, ostentando su triunfo en sus delicias y en sus riquezas, manchada con sus idolatrías, y perseguidora del pueblo de Dios, recibió tambien como aquella un gran golpe, y S. Juan cantó su ruina. La gloria de sus conquistas, que ella atribuía á sus dioses, desapareció, y fue arrebatada: presa de los bárbaros, fue tomada tres y cuatro veces, entregada al saco, asolada y destruida. Solo los cristianos se escaparon de ser víctimas de la espada de los bárbaros. Otra segunda Roma toda cristiana renació de las cenizas de la primera; y despues de la inundacion de los bárbaros es cuando tuvo su complemento la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos, los que no solo fueron destruidos, sino que quedaron enteramente olvidados.

Asi es como los imperios del mundo han servido á la religion y á la conservacion del pueblo de Dios: y es por lo que este mismo Dios, que hizo predecir á sus profetas los diversos estados de su pueblo, les hizo predecir tambien la sucesion de los imperios. Ya habeis visto los pasages en que Nabucodonosor ha sido señalado como el que debia venir para castigar á los pueblos soberbios, y principalmente al pueblo judío, ingrato hácia su autor. Habeis oido nombrar á

Ciro doscientos años antes de su nacimiento como el designado para restablecer al pueblo de Dios y castigar el orgullo de Babilonia. La ruina de Ninive fue anunciada con no menos claridad. Daniél en sus admirables visiones ha hecho pasar en un instante ante vuestros ojos el imperio de Babilonia, el de los medos y el de los persas, el de Alejandro y el de los griegos. Las blasfemias y las crueldades de un Antíoco el Ilustre fueron tambien profetizadas, asi como las victorias milagrosas del pueblo de Dios sobre un tan violento perseguidor. Vése en las mismas profecias caer estos famosos imperios unos tras otros; y el nuevo imperio que Jesucristo debia fundar se ve en ellas tan espresamente señalado con sus propios caracteres, que es imposible dejar de conocerle. Es el imperio de los santos del Altísimo; es el imperio del hijo del hombre: imperio que debe subsistir y mantenerse estable entre las ruinas de todos los otros, y al que solo le está prometida la eternidad.

Los juicios de Dios sobre el mayor de todos los imperios de este mundo, es decir, sobre el imperio romano, no nos han sido ocultados. Acabais de saberlos por boca de S. Juan. Roma ha sentido pesar sobre sí la mano de Dios, y ha sido como los otros imperios un ejemplo de su justicia. Pero su suerte era mas feliz que la de las otras ciudades. Purgada por medio de sus desastres de los restos de la idolatría, no subsiste

ya mas que por el cristianismo que ella misma anuncia a todo el universo.

De esta manera todos los grandes imperios que hemos visto sobre la tierra han concurrido por diversos medios al bien de la religion y a la gloria de Dios, así como el mismo Dios lo habia declarado por sus profetas.

Cuando leáis tantas veces en sus escritos que los reyes entrarán en tropel en la Iglesia y que serán sus protectores, reconocéis en estas palabras á los emperadores y á los demás principes cristianos; y como los reyes vuestros predecesores se han distinguido mas que ninguno protegiendo y extendiendo la Iglesia de Dios, no temere aseguraros que son ellos entre todos los reyes quienes han sido mas claramente designados en estas illustres profecías.

Dios, pues, que tenia el designio de servirse de los diversos imperios para castigar, o para ejercitar, o para estender, o para proteger á su pueblo, queriéndose hacer conocer por el autor de un tan admirable designio, descubrió su secreto á los profetas, e hizoles predecir lo que habia resuelto ejecutar. Es porque como los imperios entraban en el orden de los designios de Dios sobre el pueblo que él habia elegido, la fortuna de estos imperios se encuentra anunciada por los mismos oráculos del Espíritu Santo que predican la sucesion del pueblo fiel.

Cuanto mas os vayais acostumbrando á exa-

minar los grandes acontecimientos, y á referirlos á sus principios, mas os admirareis de los juicios de la Providencia. Importa mucho que vayais grabando, desde temprana edad, en vuestra memoria estas ideas, que irán ilustrándose mas y mas de dia en dia en vuestra razon, y que aprendais á referir las cosas humanas á los juicios de esta eterna sabiduria de quien dependen.

Dios no declara todos los dias por medio de sus profetas las determinaciones de su voluntad tocante á los reyes y á las monarquias que levanta o destruye; pero habiendolo hecho tantas veces en los grandes imperios de que acabamos de hablar, nos manifiesta, por medio de aquellos famosos ejemplos, lo que hace en todos los demas; y enseña á los reyes estas dos verdades fundamentales: primera, que él es quien forma los reinos para darselos á quien y como le place; y segunda, que sabe hacerlos servir, en el tiempo y en el orden que ha determinado, á los designios que tiene sobre su pueblo.

Esto es lo que debe tener á todos los principes en una absoluta dependencia, haciéndoles siempre estar atentos para cumplir las órdenes de Dios, á fin de prestarle su mano en lo que él medite en pro de su gloria en todas las ocasiones que les presente.

Pero esta historia de los imperios, aun considerándola de tejas abajo, presenta grandes lec-

ciones útiles, señaladamente á los príncipes, porque la arrogancia, compañera ordinaria de una condicion tan eminente, se ve muy humillada mirando las cosas de esta manera.

Porque si los hombres aprenden á moderarse viendo morir á los reyes, ¿cuanto mas fuerte no será la impresion que reciban al ver desaparecer los reinos? ¿Y puede recibirse una leccion mas provechosa para conocer la vanidad de las grandezas humanas?

Y así, cuando veis pasar como en un instante ante vuestros ojos, no digo á los reyes y á los emperadores, sino á los grandes imperios que han hecho temblar al orbe entero; cuando veis á los asirios antiguos y modernos, á los medos, á los persas, á los griegos y á los romanos presentarse ante vos sucesivamente, y caer, por decirlo así, unos tras otros, esta espantosa caida os hace conocer que nada hay de sólido entre los hombres, y que la inconstancia y la agitacion son el patrimonio propio de las cosas humanas.

Esto es lo que debe tener á todos los príncipes en una absoluta dependencia, haciéndoles siempre estar atentos para cumplir las órdenes de Dios, á fin de prestarle su mano en lo que él quiere en pro de su gloria en todas las ocasiones que les presente.

Pero esta historia de los imperios, aun cuando se presenta á los príncipes, presenta grandes lec-

CAPÍTULO II.

Las revoluciones de los imperios son motivadas por causas particulares que los príncipes deben estudiar.

Empero lo que hará mas útil y agradable este espectáculo, será reflexionar no solo sobre la elevacion y caída de los imperios, sino sobre las causas que han dado motivo á su engrandecimiento y á su decadencia.

Porque este mismo Dios que ha formado el encadenamiento del universo, y que, Omnipotente por sí mismo, ha querido, para establecer el orden, que las partes de un tan gran todo dependiesen las unas de las otras; ha querido tambien que el curso de las cosas humanas tuviese su orden y sus proporciones: quiero decir, que los hombres y las naciones tuviesen cualidades proporcionadas á la elevacion á que les tenia destinados; y que á escepcion de ciertos golpes extraordinarios, en que Dios quiso que su mano apareciese sola, no ha acaecido gran suceso ninguno cuyas causas no existiesen en los siglos precedentes.

Y como en todos los negocios se encuentra alguna que los prepare, que determine á emprenderlos, y de la cual dependa su buen éxito, la verdadera ciencia de la historia consiste en

observar en cada tiempo estas secretas disposiciones que han preparado los grandes trastornos y las circunstancias importantes que les han dado ocasion para verificarse.

En efecto, no basta mirar solo, es decir, considerar estos grandes acontecimientos que deciden de un golpe de la suerte de los imperios. Quien quiera entender á fondo las cosas humanas, debe estudiar los sucesos de lejos, ó bien tomar el hilo desde muy alto; le es menester observar las inclinaciones y las costumbres, ó por decirlo de una vez, el carácter tanto de los pueblos dominantes en general, como de los principes en particular, y en fin, de todos los hombres extraordinarios que, por la importancia del papel que han tenido que representar en el mundo, han contribuido en bien ó en mal á la mudanza de los estados y á la fortuna pública.

He procurado prepararos para estas importantes reflexiones en la primera parte de este discurso; habreis podido observar en ella la indole de los pueblos y la de los grandes hombres que les han gobernado. Los acontecimientos que han producido un resultado os los he manifestado; y á fin de obligaros á prestar atencion al encadenamiento de los grandes sucesos del mundo, que queria principalmente haceros comprender, he pasado en silencio muchos hechos par-

ticulares, cuyas consecuencias ó resultados no han sido tan considerables.

Para no interrumpir el orden histórico hemos dejado de hacer las reflexiones que merecian ciertas cosas; por las cuales hemos pasado con demasiada precipitacion; pero ahora debeis fijar en ellas una particular atencion, acostumbraoos á investigar los efectos en sus causas mas remotas.

Por este medio aprendereis lo que tan necesario os es saber; que no mirando mas que los sucesos particulares parece que solo la suerte es la que decide del establecimiento y de la ruina de los imperios; pero estudiando todas las circunstancias, y examinando todas las causas que han podido producir aquel resultado, sucede al poco mas ó menos lo que en el juego, que el mas diestro y quien sabe preparar mejor las jugadas acaba por ganar á la larga.

En efecto, en este juego sangriento, en que los pueblos se disputan el imperio y el poder, el que ha tenido mayor prevision, quien se ha aplicado mas á estudiar el golpe que preparaba, quien se ha detenido mas largo tiempo en disponerlo todo, y en fin, quien mejor ha sabido precipitar ó detener el curso de las cosas segun las ocasiones, ha triunfado al fin y ha hecho servir la fortuna á sus deseos.

Por lo tanto, no os canseis de examinar las